

La CaPiLa siXtina

GOL, GOL, GOL, GOL, GOL, GOL

LA voz del locutor no estuvo a la altura de la de Matías Prats cuando cantó el gol de Zarra en Maracanã, corría 1950, onceavo año triunfal. Prats saltó el vozarrón de abajo a arriba. En cambio el locutor que cantó el gol de Rubén Cano a Yugoslavia se le aflojaron las cuerdas vocales a la mitad del grito y aunque luego volvió a recuperar la vibración, se perdió la oportunidad de superar el hito del maestro. Y era necesario que estuviera a la altura de las circunstancias, porque si el gol de Zarra sacaba a un país del bloque político-económico y a toda una comunidad de la miseria cotidiana de represión e insuficiencias, el gol de Cano llegaba en el momento oportuno en que estaba en peligro el tema de la identidad nacional.

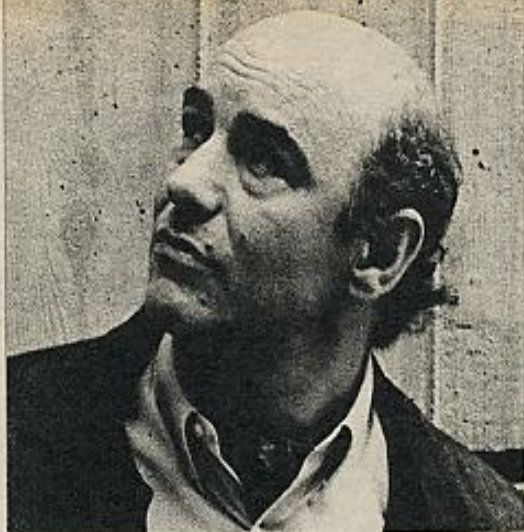
Estadatos de autonomía por aquí, despactos de la Moncloa por allí, congelaciones salariales retroactivas al Este, aumentos galopantes de precios al Oeste. De no haberse clasificado España para el Mundial de Argentina, caía el bunker futbolístico representado por el señor Pablo Porta, pero en su caída podía arrastrar a toda la UCD por culpa del desencanto colectivo producido. Ni aumentan los salarios. Ni paran los precios. Ni se entienden entre ellos. Ni vamos a Argentina como Marco, no a buscar a nuestra madre, pero sí a buscar la madre del cordero de nuestra reconstrucción histórica. Yo sostendría, incluso ante notario, que este gol de Cano aún puede solucionar más cosas que el de Zarra.

Lástima que el gol no lo haya marcado un aborigen químicamente puro y que los argentinos puedan reclamar cierta paternidad en nuestra clasificación, pero lo negativo puede hacerse positivo desde la óptica de la Hispanidad, tan reforzada últimamente por los viajes de Su Majestad el Rey, de Suárez y de Marcelino Oreja. No hay que desdeñar tampoco que la victoria se obtuvo a costa de países comunistas y, en el caso de Yugoslavia, jugándonos auténticamente la piel: la de los jugadores y la de los periodistas. Hay que decir, en honor a la verdad, que Radiotelevisión Española dio un tono desdramatizador al asunto, le quitó epopeya a la cosa, como se corresponde al tono de un aparato de Estado democrático, deseoso de perder viejas imágenes e inútiles recorridos por el gol hacia el Imperio y por el Imperio hacia Dios. Pero, a pesar de la buena voluntad de RTVE, no pudo ocultar la realidad psicológica del país, reflejada en dos de las mujeres que opinaron sobre el resultado ante las cámaras de la invicta RTVE. Una señora gritó ¡Viva España! y otra le dijo a la locutora: "¡Oye, macha, que todos somos españoles!"

Habla ganas colectivas de vencer, de vencer en algo. Ganas colectivas de identificarse con una victoria, aunque fuera futbolística. Y uno tiene una memoria de elefante, una inmensa memoria en la que guarda el tono colectivo de fiesta de la victoria sobre Inglaterra en 1950. Eran las mismas caras, las mismas frustraciones compensadas, el mismo deseo de dar sentido a la vida y a la Historia, ya que no lo da el ejercicio cotidiano del vivir. Yo vi el partido de 1950 rodeado de españoles variopintos en su ideología: un tranviario aragonés franquista, el rojo perdido de mi padre, jóvenes años cuarenta visceralmente apolíticos, niños educados en la comprensión del miedo y en la voluntad de Imperio. Y todos gritaron. Todos gritaron con Matías Prats. Y cada uno quería decir algo muy diferente con su grito.

Pero el poder se quedó con todos los gritos y los metió en la urna de nuestra unidad de destino en lo universal.

SIXTO CAMARA



La dulce Francia

ANTONIO SAURA EXPULSADO

RAMON CHAO

ANTONIO Saura fue expulsado de Francia el sábado pasado. Dos días después, su caso se está convirtiendo en un "affaire" que recuerda al de Klaus Croissant. Claro que hay diferencia entre ambos asuntos: Croissant fue entregado al Gobierno alemán tras una petición de extradición e internado en la siniestra cárcel de Stuttgart, de fácil suicidio y donde le esperaban ya dos incitantes cuchillas de afetar. Saura, en cambio, está en Madrid sin que la Policía española le moleste. Pero en estas dos ocasiones se han pisoteado los derechos más elementales de la persona.

Ya relatamos aquí las circunstancias de la extradición de Croissant (1). Antonio Saura, por su parte, fue expulsado el sábado 3 de diciembre. La víspera se había presentado en la Prefectura de Policía de París para renovar su permiso de estancia que se le otorga desde hace diez años. En ese momento se le notificó su orden de expulsión fechada en el pasado mes de octubre sin que nada se le hubiese señalado con anterioridad. Esta orden, firmada por el ministro del Interior, fue ejecutada después de doce horas de incomunicación. Antonio Saura fue conducido inmediatamente después a Orly y embarcado en avión hacia Madrid.

La prensa del lunes resaltó la noticia de esta expulsión poniendo de relieve su brutalidad: no sólo no se le comunicó a Saura el motivo de la expulsión, sino que no se le permitió comunicarse con su familia ni con la Embajada de España.

El diario socialista "Le Matin", después de indagar en el Ministerio del Interior, adelanta la posibilidad de que la razón se encuentre en "las relaciones de Saura con los saharauis".

Otros periódicos como "Liberation", "L'Humanité", "Le Quotidien de Paris", "Le Monde" y "La Croix", expresan su preocupación por este nuevo ataque a las libertades individuales.

Desde Madrid, Antonio Saura nos manifiesta una indignación mitigada por el asombro: "Es cierto que mi nombre figuró, a título honorífico y junto al de otros intelectuales españoles, en el Comité de Amigos del Sahara, creado hace un par de años. Este Comité se reducía a España y no tenía ninguna actividad en Francia que yo sepa. Posteriormente a la creación de ese Comité no he firmado nada, ni tampoco tuve contactos directos con el Comité, pues me paso la mitad del año en Francia".

Aquí muchos artistas y escritores se lo toman con más furor. Se trata para ellos de un mal que está royendo al país y que conviene atajar. Gente como Jean Louis Barrault, Roland Barthes, Jean Cassou, Gilles Deleuze, Severo Sarduy, Arrabal, aparecen como los primeros firmantes de una larga lista en la que protestan por la expulsión de una persona "culpable" de tener ideas políticas y de haberlas expresado en su país y no en el país que le expulsa.

Felipe González, en el mitin de la Fiesta de la Emigración celebrada el domingo en París, nos comunicó su preocupación y recomendó el caso al Partido Socialista Francés. Dos de sus principales dirigentes, Claude Estier y Pomtillon han enviado ya una protesta enérgica al Ministerio del Interior.

También la Embajada Española, aun conservando la calma diplomática, nos manifestó su extrañeza, y el alto funcionario que nos recibió perdió un poco la flema de rigor al saber que no le habían permitido ponerse en comunicación con ellos desde la Prefectura de Policía. ■

(1) TRIUNFO, número 774.